TERCERA VERDAD

Aunque es indudable que nosotros mismos y con solas nuestras fuerzas e industrias nada podemos hacer, ni grande ni pequeño; con todo, por lo que a nosotros respeta, debemos más bien desear las cosas pequeñas y de ningún lustre exterior, dejando a Dios, cuando lo juzgue oportuno, el hacernos subir a las mayores. Las cosas pequeñas se presentan todos los días y cada instante; las grandes se ofrecen raras veces. las cosas pequeñas no son menos propias para santificarnos que las grandes, y aun tal vez lo son más; porque nos conservan en la humildad y no dan pábulo al amor propio. La fidelidad en las cosas pequeñas, la atención de agradar a Dios hasta en las menores bagatelas, prueban la delicadeza del amor. Se pueden hacer las cosas pequeñas con disposiciones tan relevantes, que sean mucho más gratas a los ojos de Dios que las grandes, practicadas con disposiciones menos perfectas. Volvamos los ojos a la casita de Nazaret y al punto nos convenceremos de ello. En fin, es indudable, como nos lo avisa el Espiritu Santo, que el que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco caerá en las grandes [1]. El que es fiel en lo poco, dice San Lucas [2], también será en lo mucho; y el que es infiel y malo en lo poco, también lo será en lo mucho. Aspiremos, es, a la práctica de las cosas pequeñas, y de todo aquello que tienda a fomentar en nuestras almas el espíritu de humildad y la sencillez de corazón.

CUARTA VERDAD

El amor de Dios no tiene en nosotros más que un solo enemigo, que es el amor propio. El mismo respeto humano, que tan terrible guerra hace a muchas mas, es hijo del amor propio. Toda la economía de la divina Providencia es el gobierno de las almas, según los diversos estados de la vida espiritual en que se hallan, tiene por fin principal la destrucción del amor propio.

-----

1 Ecli. 19, 1.

2 Lc. 16, 10

Todos los obstáculos con que tropezamos en la vida espiritual, todas las penas interiores que en ella sufrimos, no proceden de otra fuente que del amor propio. A medida que éste se debilita y va perdiendo fuerzas; a medida que renunciamos a nuestro propio juicio, y nuestra propia voluntad va plegándose mejor y es más dócil y sumisa a la de Dios, buscando en todo su gloria y beneplácito, van allanándose también los obstáculos con que tropezamos a cada paso en el camino de la virtud, cesan los combates, desaparecen las penas y se restablece y afianza en nuestro corazón la paz y la calma.

A los principios, el amor propio se manifiesta de un modo tan basto y descarado, que sería preciso estar completamente a ciegas para no verle asomar las orejas, por más empeño que ponga en agacharlas; pero a medida que vamos adelantando en la virtud, se vuelve más artero y sutil, siendo por esto mismo mucho más dificil descubrirlo, y requiriéndose mucha mayor destreza y trabajo para desarraigarlo.

No llegamos a conocer al amor propio sino a medida que Dios nos lo va descubriendo; lo cual hace por grados, según la proporción en que lo quiere destruir y desterrar de nuestra alma. A medída que lo vamos desalojando de nuestro corazón, el amor de Dios va ocupando sucesivamente los puestos que él va abandonando, en virtud de los ataques que le asestamos, secundados por la acción de Dios y de su gracia. Cuando ya hemos conseguido desarraigarlo de lo más íntimo del alma, entonces reina en ella sólo Dios sin rival alguno. Mas, ¡cuán pocos son los que llegan a conseguirlo perfectamente! ¡Cuán escasas son las almas del todo purificadas del amor propio, que no se busquen a sí mismas en nada, ni en lo más mínimo, y que sean totalmente poseidas de Dios! Con todo, es indudable que en ese absoluto desprendimiento de nosotros mismos y entrega total a Dios, se halla la más profunda paz, a pesar de las vicisitudes de la presente vida.

Para que se comprenda mejor lo que vamos diciendo, sigamos los diversos estados de la vida espiritual, y veamos sucintamente, aunque sin bajar a pormenores, cómo va persiguiendo Dios al amor opio en cada uno de esos estados, desalojándole decisivamente de los diversos castillos en que está atrincherado.

El amor propio más grosero reside en los sentidos en la afición a las cosas sensibles. Dios lo persigue purificando los sentidos, por medio de dulzuras y de consuelos celestiales que inspiran al alma hastío y desprecio de todos los placeres de la tierra.

El amor propio se apega entonces a esas mismas consolaciones, a esta paz, a este recogimiento sensible: para quitarle este apoyo, Dios va retirando poco a poco la parte sensible, dejando sólo al alma la paz y la tranquilidad racional.

Después de esto y valiéndose de diversas pruebas y tentaciones, el Señor turba aparentemente esta paz en la cual se había encastillado el amor propio.

Entonces el alma empieza ya a sentir el vacío debajo de sus pies, y no halla en sí nada en que apoyarse.

A las pruebas que vienen de parte de Dios se juntan las tentaciones del demonio. Vese el alma rudaménte combatida por pensamientos contra la pureza, o contra la fe, la esperanza y la caridad; ya le parece que todo lo hace mal, que no posee virtud alguna y que Dios la ha abandonado; créese manchada por el pecado, y con suma dificultad logra su director persuadirla que no consiente en las sugestiones del maligno espíritu. Las tentaciones van aumentando de día en día, y la resistencia, no la real, sino la sensible, va disminuyendo a cada instante, hasta que al fin el alma se figura que las consiente; se ve entónces toda cubierta de pecados y por ello se cree rechazada de Dios y reprobada. Aquí es donde el amor propio se ve perdido y no le queda más remedio que rendirse a servir a Dios por sí mismo y sin esperanza de consuelo alguno sensible.

Dura semejante estado hasta tanto que el alma ha aprendido a no buscarse en nada a sí misma. Entonces el amor propio queda, por decirlo asi, arrancado de lo más hondo del corazón.

Muerta así el alma del todo a sí misma, comunícala Dios una nueva vida, que tiene más del cielo que de la tierra, en la cual posee a Dios con tan firme confianza, casi diría con seguridad tan completa, que a su parecer nadie sería capaz de arrebatársela: siéntese intimamente unida a El con todo su ser y y con todas sus facultades; el mismo cuerpo, a su manera, entra a participar de semejante unión .Ama el alma a Dios y se siente amada de El. Nada de temor servil, nada de turbaciones

interiores, ni tentaciones y zozobras: los mismos sufrimientos y adversidades que Dios le envía, sirven de pábulo para acrecentar su amor. En tal estado espera el alma tranquilamente la muerte, y cuando llega, se lanza alegre en sus brazos, y exhala el último suspiro con un acto de amor purísimo.

QUINTA VERDAD

En todo el curso de la santificación de un alma, la acción de Dios va siempre acrecentándose y la del alma va siempre disminuyendo hasta el punto de que su principal cuidado consiste en reprimir su propia actividad a fin de no poner obstáculo a la operación divina. El alma se vuelve, pues, poco a poco compasiva, y Dios ejerce siempre creciente dominio sobre ella, hasta que la voluntad de la criatura se transforma en la voluntad del Criador.

Asi que, después que uno se ha entregado a Dios perfectamente, lo que más importa es dejarse despojar de todo; porque Dios toma todo lo que se le da , no dejando al alma ni siquiera su propio sér; entiendo su sér moral, o sea el amor íntimo que se profesa a sí misma. Pero hay que advertir que si se lo arrebata todo al alma, es con el fin de volvérselo todo en un estado tan excelente y efecto que sobrepuja a todo cuanto pueda imaginarse ni decirse.

SEXTA VERDAD

Expliquemos con una comparación todo o que acontece al alma en el servicio de Dios. Un hijo, impulsado por su buen natural, protesta a su padre que le ama con todo su corazón y sin atender para nada a su propio interés. El padre manifiesta desde luego por medio de caricias, cuán grato le es semejante amor desinteresado. Mas al cabo de algún tiempo, para cercorarse por experiencia de la sinceridad de aquellos sentimientos, retira sus caricias al hijo y le va apartando de sí poco a poco: parece desdeñar sus servicios, no presta atención más que a los otros hijos, como si quisiera desentenderse de él.

A más de esto es muy exigente en lo que atañe al cumplimiento de su deber y le castiga severamente por las menores faltas; no sólo no le da nada, sino que le despoja de todo hasta reducirlo, por decirlo así, a la más extrema indigencia: se aprovecha de todas las ocasiones que se le presentan para pedirle los más penosos y duros sacrificios; llega, en fin, hasta el punto de hacerle creer que no le dará parte en su herencia. A pesar de todo, aquel hijo persevera hasta el fin en darle a su padre todas las pruebas de amor que están en su mano. No le escatima nada; no se busca en nada, no atiende en nada más que al gusto de su padre. Rechazado, despojado, maltratado, sigue amando a su padre con una constancia, generosidad y desinterés a toda prueba.

¿Qué no hará este padre por un hijo que le ha amado tanto? ¿No le dará acaso en vida, pero más aún después de su muerte, todo lo que pueda darle sin perjuicio de los demás? Tal es la conducta que observa Dios muchas veces con las almas generosas.

El amor que se escatima, que calcula, que atiende ante todo a sus intereses; el amor, en una palabra, que no quiere llegar más que hasta ciertos limites, no es perfecto amor: para ser verdaderamente digno de Dios, preciso es que no tenga medida alguna, que se eleve sobre la razón y la prudencia humanas, que vaya hasta la locura: sí, hasta la locura de la cruz. Así es como Jesucristo amó a su Padre y nos ha amado a nosotros. Nosotros por nuestra parte habremos ganado para la eternidad todo lo que hayamos perdido por Dios en el tiempo; y será perdido indefectiblemente para la eternidad todo lo que le hayamos rehusado a Dios en el tiempo.

XL

De la infancia espiritual

Como le presentasen a Jesucristo unos niños para que les impusiese las manos y bendijese, los discípulos reñían a las

madres que se los presentaban; mas al advertirlo Jesus, llévolo muy a mal, y les dijo: *"Dejad que vengan a mí los niños y no se lo estorbéis; porque de los que se asemejan a ellos es el reino de los cielos"* [1]. Y llamando a uno de aquellos niños, le colocó en medio de los mismos discípulos, y añadió: "*En verdad os digo, que si no os volveis semejantes a los niños en la sencillez e inocencia, no entraréis en el reino de los cielos* [2].

Una de las interpretaciones que dan los doctores a estas palabras del Salvador es, que quien desee poseer en sí el reino de Dios, es preciso que sea en sus disposiciones sobrenaturales, lo que es un niño en sus disposiciones naturales: es decir, que así como hay una infancia natural, así hay también otra que podríamos llamar infancia espiritual, siendo ésta el primer paso que hay que dar en la vida interior. No es posible formarse idea exacta y cabal de esa santa infancia, sin haberla antes practicado en mayor o menor escala. Es ciertamente un don de Dios preciosísimo y, por lo tanto, no podemos adquirirla con solas nuestras fuerzas e industrias, sino que se requiere que el mismo Dios nos introduzca en ella; pero cuando se tiene la dicha de poseerla, experimenta en sí el alma un cambio incomprensible, así en sus movimientos y sentimientos interiores como en sus manifestaciones exteriores.

Para concebir en alguna manera esa deliciosa infancia espiritual o sencillez de espíritu, bastará ponerla en parangón con la de los niños.

El niño no raciocina ni reflexiona; no sabe lo que es previsión, ni prudencia, ni malicia. Lo mismo sucede en la infancia espiritual. La primera cosa que Dios hace cuando nos pone en este estado, es detener las operaciones que tuercen la dirección del espíritu. Suprime esa multitud de razonamientos y reflexiones que hormiguean sin cesar en el alma, y tienden a desviarla de la rectitud con que debe ir a Dios, y las reemplaza con opéraciones sencillas, directas, inadvertidas, tal vez, a la misma alma, habituada como está a obrar y pensar con rectitud de intención; a buscar en todo el divino beneplácito, sin tener

----

1 Mc. 10, 141.

2 Mt. 17,2 y 3,

en cuenta para nada sus gustos, quereres e intereses: imitando en esto la manera de obrar de Dios, el cual no tiene más que una sola idea infinitamente sencilla. No reflexiona, ni se preocupa inútilmente, ni acerca del pasado ni acerca del porvenir, sino sólo del presente; no forma proyectos de ninguna especie, sino que se deja regir y gobernar en cada momento; interiormente por el espíritu de Dios, y exteriormente por la voz de la obediencia. No hay malicia en sus acciones, ni en sus palabras, puesto que no piensa, ni habla, ni obra jamás con torcida intención. Despojada por decirlo así de su propia prudencia, se reviste de la prudencia divina, que la impulsa a obrar y a hablar lo que conviene, mientras se conserve fiel en no consultar a su propio juicio. La dependencia de Dios en que vive un alma tal es tan perfecta, que no se atreve a dar un solo paso, al menos conscientemente, sin que vaya regido y aprobado por la voluntad de Dios, manifestada por la obediencia.

El niño tampoco sabe lo que sea doblez. Si fuera capaz de disimulo, ya habría dejado de ser niño. Nada hay que tanto se parezca a la candorosa ingenuidad del niño como la manera de proceder del alma que obra con sencillez de espíritu. No pone estudio alguno en componer su exterior: su recogimiento nada tiene de afectado; sus acciones, sus palabras, toda su manera de proceder revela sencillez y naturalidad. Lo que dice, eso piensa; lo que ofrece, quiere darlo; lo que promete, tiene sincera voluntad de cumplirlo. Nunca busca parecer otro de lo que es, ni trata de ocultar sus defectos; dice de sí el bien y el mal con la misma sencillez; y no gasta reserva alguna con aquellos que tienen el cargo de dirigirle en el camino de la perfección.

El niño manifiesta sus afectos con expansiva y encantadora sencillez; todo en él descubre los sentimientos de su corazón; y es tanto más conmovedor y persuasivo su amor, cuanto menos tiene de estudiado. Lo mismo le acontece al alma ingenua y sencilla en las demostraciones de su amor para con Dios y para con los prójimos. Acude a Dios en todas sus necesidades, con la sencilla ingenuidad de un hijo a su padre, le expone, sin formalismos ni palabras aliñadas y compuestas, todo lo que su corazón le inspira.

En sus meditaciones y ejercicios piadosos no pierde de vista a

Dios, y procede siempre como quien está íntimamente convencido de que el Señor tiene fija su mirada en él y pénetra los.más ocultos repliegues de su corazón. Escucha lo que el Señor le habla en su interior, le manifiesta todos los sentimientos y afectos de su alma, y todas sus penas y trabajos; a veces con palabras, las más sin hablar. Ama al prójimo sincera y cordialmente, no le tiene envidia alguna, ni murmura de él, ni le critica, ni lo desprecia: jamás le engaña, pero tampoco le adula: hasta llega a perder el uso de esos vanos cumplimientos, que raras veces parten del corazón: no toma de la cortesía más que lo que el Evangelio autoriza, supliendo con creces los vanos cumplidos con la caridad y la cordialidad.

No ama menos cuando reprende que cuando alaba, cuando condena que cuando aprueba; hace el bien a los demás sin afectación, sin ostentación, a la vista de Dios y sin esperar gratitud y recompensa de las criaturas, sino sólo de su divina Majestad.

El niño es además docil y obediente; siente su inferioridad con respecto a sus padres, a cuyos mandatos debe someterse. Lo propio acontece con el que se ha vuelto niño en el espíritu. Lo primero a que renuncia es a su propia voluntad, la cual somete enteramente a la de Dios y a la de todos los que tienen sus veces y autoridad. No pretende gobernarse por sí mismo en nada; en lo que atañe a su conducta interior, se abandona sin reserva al espíritu de Dios y a la dirección de sus ministros, en quienes ha puesto su confianza: y en su conducta exterior, sujétase docilmente a todos los que tienen alguna autoridad sobre él. En las cosas indiferentes prefiere acomodarse a la voluntad de los otros más bien que a traerlos a la suya propia. En fin, no quiere nada por ser voluntad suya, sino en todo caso si desea algo, lo desea únicamente por que cree ser la voluntad de Dios; de aquí que sea firme e inquebrantable en sus resoluciones y quereres.

Otra de las cualidades del niño consiste en no reflexionar sobre sí mismo, ni escudriñar lo que pasa en su interior. Se presenta tal cual es, y va siempre de frente hacia lo que es el blanco de sus deseos. Del propio modo en la infancia espiritual, el alma no es curiosa en querer pesar y aquilatar el valor de sus obras

delante de Dios, ni anda a todas horas haciendo actos reflejos sobre las disposiciones interiores de su espíritu. Toma lo que Dios le da, contenta y satisfecha con lo que el Señor se digna concederle en cada momento de su existencia. No juzga nunca del mérito y bondad de sus oraciones, comuniones y demás ejercicios piadosos por los sentimientos pasajeros que ha experimentado en ellos, sino que lo remite todo al juicio de Dios; y con tal de que la disposición íntima de su alma no cambie un punto, se eleva sobre todas las vicisitudes y altibajos de la vida espiritual. Sabe muy bien que ésta tiene sus primaveras e inviernos, sus nublados tempestuosos y sus huracanes; esto es: sequedades, arideces, penas, congojas, desabrimientos interiores y tentaciones. Arrastra con invicta fortaleza todas esas pruebas, y espera con serenidad de espíritu la vuelta del buen tiempo. Nunca anda inquieto y turbado por lo que mira a sus progresos en la virtud; no vuelve la vista atrás para observar cuanto camino lleva andado, sino que va siguiendo siempre hacia adelante, sin reflexionar si quiera que va adelantando más y más de día en día en el camino de la perfección. En manera alguna se turba ni desalienta por sus faltas e imperfecciones: si da algún tropiezo y cae, no se queda perezosamente tendido en el suelo, sino que al punto se levanta, humillase en la presencia de Dios, pídele perdón de su falta y emprende de nuevo la carrera con mayor fervor que antes.

Finalmente el niño es débil y siente esa debilidad, la cual le mantiene en perpetua dependencia de aquellos que cuidan de él: se olvida enteramente de sí mismo, puesta toda su confianza en aquellos que sabe por experiencia se interesan por él. Durante la infancia espiritual siente también el alma que es la misma debilidad, que nó puede sostenerse por solas sus fuerzas, ni dar un solo paso sin tropezar y caer. Así es que no se apoya jamas en sí misma; no cuenta nunca con sus fuerzas, sino que pone en Dios toda su confianza; se mantiene siempre unida con El, le tiende las manos, a fin de que la sostenga y libre de caer, sobre todo en los pasos peligrosos que se le ofrecen en el camino de la perfección. Lejos de vanagloriarse, ni de atribuirse el bien que hace y las victorias que alcanza, todo se lo devuelve íntegramente a Dios, quedándose con la nada que tiene de si propia.

No se prefiere en nada a los demás, porque está íntimamente convencida de que si Dios la abandonara, caería en los mayores crímenes; y que si los demás hubieran recibido las mismas gracias, se habrían aprovechado de ellas mucho mejor de lo que ella supo aprovecharse. Por la misma razón, como siente su profunda debilidad y miseria, no se admira de sus caídas, pues su amor propio no queda con ellas despechado: y al verse impotente para evitarlas y repararlas, clama a Dios desde el fondo de su corazón, suplicándole que venga en su auxilio. El sentimiento de su debilidad es el principio de su fortaleza, puesto que ha puesto en Dios toda su confianza; y asegurada con la protección divina, nada hay que pueda intimidarla o abatirla. Por su propia iniciativa, no se atreve a emprender cosa alguna, ni exponerse a ningún peligro, pero desde el punto y hora en que Dios le manifiesta su voluntad, se lanza a cualquiera empresa por dificil y peligrosa que sea, en la com pleta seguridad de salir con ella, a pesar de todos los esfuerzos y maquinaciones con que los hombres o el infierno pretendan estorbarla.

La inocencia, la paz, la alegría pura, son el único patrimonio de los niños; viven dichosos sin pensar que lo son; no saben lo que son quebraderos de cabeza. Los padres, las nodrizas, ayos e institutrices cuidan de todo lo que a ellos se refiere. Viven en un estado de continua alegría; he aquí una pálida imagen de la infancia espiritual. La felicidad que goza en ella el alma, es íntima y profunda, y aunque a veces pasa inadvertida, por decirlo así, al mismo que la disfruta, no por esto deja de ser muy real y efectiva. Dios mismo se complace en difundirla sobre toda su alma; El piensa en todo y la provee de todo. Y esta felicidad inalterable la disfruta el alma aun en medio de las mayores tempestades de la vida espiritual, puesto que se ha hecho inaccesible a las complejas vicisitudes y cambios de la vida humana. No queremos significar con esto que el alma se haya vuelto insensible, sino que como se ha puesto del todo en las manos de Dios y sólo desea y aspira al cumplimiento de la divina voluntad, esa disposición le comunica una paz imperturbable y que sobrepuja todo sentido, como nos lo certifica San Pablo cuando dice:"*La paz de Dios que sobrepuja*

a todo entendimiento, sea la guardia de vuestros corazones y de vuestros sentimientos en Jesucristo nuestro Señor" [1]

XLI

El interior de María

María conservaba todas estas palabras
en su corazón.
(Lc. 2.)

Para penetrar en el interior de María y barruntar algo de las preciosidades que allí se encierran, consideremos brevemente lo que Dios hizo por la Virgen y lo que ella hizo por Dios. Habiéndola el Señor predestinado a ser madre de Jesucristo: 1.° La preservó del pecado original. 2.° La enriqueció con las más excelsas prerrogativas, ya en el primer instante de su concepción. 3.° La concedió muy pronto el uso de la razón, quizás desde el primer instante de su existencia en el seno materno. 4.° La elevó a la altísima y sin par dignidad de Madre de Dios, dándola una participación especialísima y del todo singular en la Cruz de su divino Hijo y en su gloria inefable. María correspondió a estas gracias preciosísimas e incomparables: 1;° Viviendo con tal recato y precaución y tan asiduamente atenta sobre sí misma y sobre todos los impulsos de la naturaleza, como si tuviera que temer algo de la concupiscencia y de sus perniciosos efectos. ¿Cuál deberá ser, pues, nuestra vigilancia sobre nosotros mismos, habiendo experimentado tantas veces las funestas consecuencias de la concupiscencia?

2.° Aplicóse además la Virgen a seguir todos los movimientos de la gracia con tanta fidelidad, que nunca cometió el más ligero pecado ni la más mínima imperfección; y no sólo esto, sino que en todos los instantes de su vida iba duplicando sus méritos y adquiriendo sin cesar nuevos aumentos de gracia; por manera

----

1 Philipp. 7, 7.

que, desde el primer instante de su concepción hasta el último suspiro, no hubo ni un solo pensamiento, ni una sola palabra, ni un solo afecto, ni acto alguno interno o externo, que no se encaminara a unirla más íntimaménte con Dios nuestro Señor. ¡Qué modelo tan perfecto y acabado para las almas, que se han entregado sin reserva al servicio de su divina Majestad!

3.° De aquí se sigue, en tercer lugar, que la Santísima Virgen hizo siempre perfectísimo uso de su libre albedrío, sometiéndolo en todo a las luces e ilustraciones de la fe y sacrificándolo constantemente al divino beneplácito. Jamás se le ocurrió escudriñar los designios de la divina Providencia en la disposición de si misma y de sus cosas; nunca pretendió averiguar vanamente la razón de por qué ordenaba el Señor, esto o aquello, de esta o de la otra manera: acataba y sometíase humilde y confiadamente a la divina voluntad, por más que la conducta que Dios observada con ella estuviera casi siempre preñada de misterios, anomalías y aun aparentes contradicciones. Tengamos la firme persuasión de que jamás adelantaremos cual conviene en la vida interior y en nuestro aprovechamiento espiritual, si no imitamos en esto a la Santísima Virgen. Dios conduce a las almas por vías opuestas a todas las miras humanas, y se complace muchas veces en trastornar nuestros planes, en desconcertar nuestras previsiones y desbaratar nuestros cálculos mejor combinados. No nos queda pues sino un solo partido que tomar, que consiste en no escudriñar ni discutir jamás la conducta de Dios sobre nosotros, y sobre los acontecimientos que ordena o permite nos sobrevengan, guiándonos en todo por los dictámenes de la fe y de la obediencia.

Finalmente la Virgen dispúsose a la maternidad divina por aquel medio precisamente que según las miras humanas debía privarla de aquel honor. Todas las hijas de Judá se apresuraban a contraer matrimonio con la esperanza de contar al Mesías en su descendencia. La esterilidad era considerada entre ellas como un oprobio. María creyéndose indigna de pretender la dignidad de madre de Dios, desde la más tierna infancia se presenta en el templo, donde consagra a Dios su virginidad; lo cual, según las ideas de su nación, equivalía a renunciar para siempre a la más alta pretensión de las personas de su sexo y de su tribu.

No es por cierto aspirando a cosas grandes, concibiendo grandes proyectos y formando vastos designios, como se llega a conseguir la santidad; no es esta la manera de disponernos a que se realicen en nosotros los designios de Dios, que, a decir verdad, son harto diferentes de los nuestros; sino más bien humillándonos, hundiéndonos en nuestra propia bajeza y en nuestra propia nada, reconociéndonos indignos de toda gracia, mirando con recelo todo lo que tienda a nuestra propia elevación, y rechazándolo como una sugestión del amor propio.

En cuanto a la participación que tuvo María en la cruz de Jesucristo, fué tan extraordinaria e intensa que desde el nacimiento de su divino Hijo hasta su muerte, repercutieron en el corazón de la Virgen todos los dolores y afrentas que sufrió Jesús, no sólo de parte de los hombres sino también de parte de Dios. Para formarnos alguna idea de este, sublime misterio, basta considerar que María tuvo para con su hijo un amor tan tierno, intenso y abrasado que en su comparación hubiera parecido hielo el de los más ardientes serafines. Amaba a Jesús incomparablemente más que a sí misma, estaba íntimamente unida con El y era tal esa unión, que ni el mismo Dios puede crear otra mayor; por manera que la Virgen no vivía en sí ni para sí, sino sólo en Jesús, por Jesús y para Jesús. Así que todos los sentimientos que experimentaba Jesucristo se comunicaban al corazón de su madre con toda la fuerza y extensión de que es capaz una pura criatura. Ahora bien, ¿qué entendimiento podrá comprender, ni barruntar siquiera, lo que sentiría el alma de Jesucristo al ver la gloria de su Padre ultrajada por los hombres, su santidad vilipendiada por el pecado, escarnecida su justicia, de la cual era El víctima inocente: en fin, tantos y tantos millones de almas para quienes su sangre debía ser inútil, y aun funesta, por el abuso sacrílego que de ella habian de hacer? Pues bien, puede asegurarse con toda verdad, que el alma de María experimentaba en la debida proporción las mismas impresiones y sentimientos.

Jesucristo se sacrifico sobre la cruz, entregándose a todo el rigor de la justicia divina. María se sacrificó a sí misma, y más aun que a sí misma, sacrificando a Jesucristo y consintiendo en el cumplimiento de los designios de Dios acerca de la redención

del género humano: de tal suerte que los más grandes sacrificios de la vida interior son incomparablemente menores que el suyo, no sólo por razón de su extensión e intensidad, sino también por el dolor incomprensible que destrozó su purísimo corazon. Por grandes y penosas que sean las pruebas y tribulaciones que el Señor nos envíe, siempre resultarán inmensamente inferiores a las que afligieron y torturaron el delicadísimo corazón de María. El común de los cristianos no ve en la pasión de Jesucristo mas que los tormentos del cuerpo, y en la Virgen al pie de la cruz sólo considera el dolor que experimentó y la compasión que tuvo de los padecimientos de su divino hijo; pero no hay duda que las penas interiores que atormentaron al Hijo y a la Madre fueron sin comparación mas acerbas e insufribles. El interior de María fué, pues, una copia la más parecida posible del inte rior de Jesucristo. Como Jesús se inmoló continuamente a su Padre durante todo el curso de su vida, así María inmoló continuamente a Jesús en su corazón y con él se inmoló a sí misma al Padre celestial.

Así como Jesús se humilló y anonadó, hasta el punto de salir fiador y considerarse a sí mismo como cargado con todas las iniquidades del universo; de la misma manera también María se humilló y anonadó, considerándose a si misma como la madre de este pecador universal, de este objeto de la maldición divina, y entró voluntariamente, en la medida que le era posible, a participar de las disposiciones de su Hijo.

Así como Jesús amó a los hombres hasta darles, no sólo la vida de su cuerpo, sino la vida de su alma, así tambien María amó a los hombres hasta darles en Jesucristo lo que le era más caro que su vida y que su alma.

¿Y que diremos de la oración de Maria y de sus éxtasis realmente sublimes e inenarrables? ¿Quien podrá hablar dignanente de semejante asunto? Jesucristo fué el único objeto de su amor. Después de su resurrección, la Virgen no permaneció en la tierra más que con el cuerpo; su alma siguió a Jesús en su ascensión a los cielos. Desde entonces hasta el fin de su vida no hizo más que desfallecer de amor hacia su divino Hijo y aspirar constantemente hacia El con deseos tan vivos e impetuosos, que no hay lengua humana capaz de expresarlos.

Su única distracción, si asi puede llamarse, fue rogar por la Iglesia naciente e interesarse en su propagación.

Y con ser tan excelsos y sublimes los sentimientos que albergaba el corazón de la Virgen Santísima, ¿que fue su vida en lo exterior. La de una mujer ordinaria, de una mujer pobre que vivía de su trabajo, ocupada durante treinta años en los quehaceres domésticos, en su modesta casita de Nazareth, confiada después a San Juan, que compartió con ella las poblaciones de los fieles. Pasó por el mundo casi inadvertida, sin que llevara a cabo alguna de esas empresas que excitan la admirácion de los hombres. Nada brillante y aparatoso advertimos en todo el discurso de su vida; nada que llamara la atención de los hombres. Vivió siempre oculta y desconocida para el mundo, sin que exteriormente hiciera nada para la propagación del Evangelio. Y sin embargo era la Madre de Dios, la más pura y santa entre todas las criaturas, la que tuvo mayor participación en la redención del género humano y la que trabajó más eficazmente en el establecimiento de la religión cristiana. ¡Oh! ¡cuán diferentes son de los nuestros los pensamientos de Dios! ¡Cuán apartados de los nuestros son los caminos que El toma para llegar a sus fines! ¡Cuán agradables son a sus ojos la obscuridad, el retiro, la soledad, la oración y el silencio! No se requiere ciertamente llevar a cabo empresas de mucho brillo y esplendor pará ser grande a los ojos de Dios; ni consiste en.esto la verdadera santidad, sino en sujetarnos en todo al divino beneplácito; en amar mucho a Dios y sufrir mucho por El. ¡Oh! ¡qué ciencia tan sublime y preciosa la de aquellos que sólo procuran agradar a Dios, que nada son a sus propios ojos, ni pretenden cosa alguna para sí, ni aspiran a otra cosa que a ser ignorados, despreciados, confundidos y tratados como si fueran lo más vil y abyecto de cuanto hay en el mundo! Si la vida de la Virgen Santísima no nos persuade esta gran verdad, si no nos la hace amar, si no sofoca y arranca de nuestro corazón todo deseo vano de ser tenidos y estimados de lós hombres; si no nos convence, en fin, de que para hallarlo todo en Dios, es menester que nos renunciemos enteramente a nosotros mismos, ¿qué otro ejemplo más palpable, qué otra lección más: elocuente será capaz de persuadirnosla? La vida de Jesús y María nos

demuestran con meridiana evidencia que Dios no reporta para sí verdadera gloria de sus criaturas, acá en la tierra, sino mediante su perfecto anonadamiento. El ejemplo de Jesús y María nos persuaden también que cuanto más anonadados hayamos sido en la tierra, más grandes, felices y poderosos seremos en el cielo.

¿En qué consistirá, pues, la sólida devoción a la Santísima Virgen? En imitarla lo más perfectamente que podamos en su vida interior; en los humildes sentimientos que fomentaba en su purísimo corazón, en su amor a la obscuridad, al silencio y al retiro; en la perfección con que practicaba las cosas pequeñas, en su fidelidad a la gracia, en la sublime sencillez de todo su porte exterior, en su recogimiento y espíritu de oración, cuyo único objeto fué Dios y su santísima voluntad, Jesucristo y su amor. Debemos imitarla además en el sacrificio continuo que hizo de sí misma y de lo que ella más amaba y debía amar más que a sí misma. Pidámosle, pues, a la Virgen Santísima todos los días que nos sirva de guía y de modelo en la vida interior, y que nos obtenga las gracias que nos son necesarias para corresponder a los designios que Dios tenga sobre cada uno de nosotros.

XLII

El pesebre

El pesebre y la cruz son, a no dudarlo, dos escuelas de vida interior a cual más excelente. En ella se empieza por el pesebre y se termina en la cruz; el uno contiene las primicias y la otra su consumación. Y como en toda ciencia los elementos o principios fundamentales son lo más importante y necesario, bueno será que hagamos aquí un estudio detenido del pesebre para aprender las enseñanzas en él contenidas y reducirlas a la práctica en nuestra vida interior. Contemplemos al Verbo hecho carne, al Hijo de Dios convertido en un niño. Veamos cuáles son

sus disposiciones interiores al nacer, consideremos el aparato exterior de su nacimiento y a quiénes congrega alrededor del pesebre que le sirve de cuna.

El amor a su Eterno Padre y a los hombres es lo que le ha traído a la tierra. El sentimiento más íntimo y profundo que alberga y llena su purísimo Corazón, no es otro que el de ofrecerse en perfecto holocausto a su Padre, para reparar su gloria y salvar al género humano. El Apóstol San Pablo, siguiendo las huellas del real profeta David, nos lo declara expresamente con estas palabras: "*Al entrar en el mundo el hijo de Dios, dijo a su Eterno Padre: Tu, Padre mio, no has querido los sacrificios y ofrendas de la antigua ley; mas a mi me has apropiado un cuerpo mortal. Los holocaustos ofrecidos por el pecado no te han complacido. Entonces dije: Heme aquí que vengo, oh Dios mío, para cumplir tu voluntad*" [1]. Ahora bien, ¿cuáles eran los designios de la voluntad del Padre con respecto a su unigénito Hijo? No otros que los de que tomara sobre si todos los pecados e iniquidades del mundo y se ofreciera a dar por ellos la condigna satisfacción que exigía la divina justicia. Jesús, pues, al nacer acepta libérrimamente esta voluntad de su Padre con todas sus terribilísimas consecuencia y se somete a ella con amor. .Nace en un miserable establo, pero con vistas al calvario; el primer acto de su voluntad y el primer deseo de su corazón fue abrazarse con la cruz y morir en ella, para desagraviar a su Padre y rescatar al linaje humano de la esclavitud de Satanás.

Nada tiene pues de extrañar que el primer objeto que divisa el alma ante sus ojos, al penetrar en las vías de la vida interior, lo primero que exige de ella Jesús, al invitarla a que vaya en su seguimiento, es la perfecta renuncia de sí misma y la aceptación de la cruz. *Si alguno quiere venir en pos de mí, dice, niéguese á si mismo, cargue con su cruz y sígame* [2]. Quien dice cruz, dice trabajos, humillaciones, sacrificios, perfecta renuncia de nosotros mismos y de nuestros intereses, en aras de los intereses y voluntad de Dios. Sólo El sabe hasta dónde habrá de llegar

----

1 Hebr. X, 5 , 5.

2 Mt., 16, 21.

este sacrificio, puesto que sólo El es quien nos lo propone, El quien nos inspira el valor de aceptarlo y nos ha de comunicar las fuerzas necesarias para llevarlo a feliz término. De parte nuestra no debemos ponerle límite alguno; es necesario aceptarlo en toda su integridad y sin restricción alguna; es preciso no perderle jamás de vista y suspirar por su cumplimiento, a imitación de Jesucristo.

Mas ¿por qué quiso Jesús aparecer en forma de niño? ¿Como no vino al mundo, a semejanza de Adan, bajo el aspecto de hombre perfecto y en toda la plenitud de su desarrollo? No hay duda que hubierá podido realizarlo así, con sólo querer; pero tuvo poderosísimas razones para venir al mundo bajo la forma de humildísimo niño. Por lo que hace a nuestro propósito, la principal fué querer enseñarnos que, desde el instante en que nos entregamos al servicio de Dios, debemos renunciar enteramente a nuestro juicio y voluntad, desconfiar de nuestras fuerzas y reducirnos a la pequeñez, a la debilidad e imbecilidad propia de un niño: es menester que nuestra vida mundana y pecadora sea enteramente aniquilada para dar comienzo a un estado nuevo? a una vida nueva, cuyo principio sea sólo Dios. ¿Y en qué ha de consistir esta vida? En una perfecta dependencia de la gracia, imitando la sencillez, obediencia y sujeción de los niños.

Contemplemos a Jesucristo en su nacimiento. Estando reclinado en el pesebre o en los brazos de su Madre, rendía a su Padre celestial tan perfecta adoración como cuando estaba clavado en la cruz; mas esta adoración era puramente interna. Nada habla, ni obra el niño Jesús; se halla como anonadado, pero precisamente este anonadamiento realza más la perfección de su homenaje. Mediten atentamente sobre esto aquellas almas que andan sin cesar lamentándose de que no saben tener consideraciones ni afectos en la oración; de que se hallan en la presencia de Dios como si fueran unos pobres animalitos sin razón ni juicio, y entiendan que la buena y perfecta oración no consiste en tener grandes consideraciones, sino en humillarse y anonadarse en la divina presencia. *Estuve delante de tí, dice el real profeta David, como una bestia de carga, mas no por esto me aparté de tu presencia*[1]. Estarse quieto y sosegado delante de

Dios; anonadarse en la divina presencia, no hay duda que es perfecta adoración en espíritu y verdad. ¿Acaso tiene Dios necesidad de nuestras consideraciones y afectos sensibles, que a veces sólo sirven para fomentar en nuestro corazón cierto secreto orgullo o vana complacencia de nosotros mismos? Cuanto más sencilla sea nuestra oración, y más se parezca a la de Jesús Niño; cuanto menos satisfechos de nosotros mismos salgamos de ella, con tal de que no se haya perdido por nuestra culpa, tanto será más elevada y agradable a los ojos de su divina Majestad.

Fijémonos ahora en el aparato exterior que rodea a Jesús en su humilde nacimiento. Después de haber buscado en vano un pobre albergue entre sus parientes y conocidos: rechazada también de todas las hospederías de Belén, la Virgen Santísima vióse obligada a retirarse a un establo; allí fué donde quiso nacer el Hijo de Dios, en el seno de la pobreza, de la humillación y del sufrimiento. Un pesebre aderezado con unas pobres pajas, le sirve de cama donde le reclina su purísima Madre, envuelto en unos pobres pañales. Como es de noche, en la estación más cruda del año y el lugar abierto a todos los vientos su cuerpecito tierno y delicadísimo es expuesto a todas las inclemencias del aire y del frío. Nadie asiste a su nacimiento, no se le presta ningún auxilio, ningún alivio, fuera del que le proporciona el seno purísimo de su santísima Madre.

¡Qué entrada en el mundo para el Hijo de Dios ¡Para aquél que viene a rescatar al género humano y que desde el origen de los tiempos fué anunciado a nuestros primeros padres como libertador del linaje de Adán! ¿Quién hubiera jamás imaginado que eligiera para sí un nacimiento tan pobre, tan obscuro y penoso? ¡Oh, cuán sublimes enseñanzas se deprenden de ese humildísimo nacimiento para aquellos a quienes el Espíritu Santo hace nacer a la vida interior! En este divino Niño les presenta un modelo acabadísimo de las tres virtudes principales que han de ser siempre sus compañeras inseparables, a saber: desprendimiento perfecto de todos los bien de la tierra, hasta abrazarse con la más extrema pobreza de espíritu, y aun con la

----
1 Ps. 72, 23.

pobreza real, Dios se lo exige; desprecio soberano de todos los honores mundanos y vanos, hasta desear no sólo ser ignorado del mundo, sino verse convertido en blanco de todas las humillaciones y desprecios; renuncia absoluta de todos los placeres de la tierra, hasta entregar su cuerpo ; a todo género de mortificaciones. He aquí lo que Jesucristo nos enseña en su sagrado nacimiento. Esto fué lo que Él eligió en el pesebre, lo que amó y practicó durante toda su vida.

En efecto, toda la vida de Jesús fué pobre, humilde y mortificada; vivió siempre del trabajo de sus manos, ocupado en un oficio humilde, sujeto en todo a la voluntad de sus padres y enteramente desconocido de los hombres. Durante los tres años de su vida pública, casi siempre fué el blanco de las calumnias, desprecios y persecuciones de sus implacables enemigos. Así en su vida privada como en su vida apostólica, abstúvose de toda clase de placeres y sufrió todo género de privaciones, penas y trabajos; finalmente en su muerte acerbísima y afrentosísima practicó, en el grado mas sublime y perfecto, las tres virtudes que habian sido compañeras inseparables de toda su vida mortal: la pobreza, la humildad y la mortificación; todas tres regidas y sublimadas por la más perfecta obediencia. Abracémonos también nosotros con estas mismas virtudes, desde los comienzos de la vida espiritual, y no las alejemos jamás de nuestra compañía, si queremos seguir de veras las huellas de nuestro divino capitán y Maestro.

Antes de poner fin a este capítulo, observemos quiénes fueron los llamados a adorar al Niño Jesús, nacido en el establo de Belén. Es muy de notar que sólo fueron a rendirle los homenajes de la adoración aquellos a quienes alumbró Dios con luz celestial, bien por la voz de los alados mensajeros, bien por la señal milagrosa de una estrella. De aquí podemos entender que para entrar en las vías espirituales de la vida interior, cuyo fin es conocer, amar e imitar perfectamente a Jesucristo, se requiere luz del cielo y especial vocación divina. De nuestra parte lo único que podemos y debemos hacer es preparar nuestros corazones a fin de que se hagan aptos para recibir esta luz y vocación de Dios; y las disposiciones requeridas para ello son las mismas con que estaban adornados los pastores y los Reyes Magos.

En primer lugar, es preciso que seamos sencillos de corazón, pobres de espiritu, dóciles a las divinas inspiraciones y humildes como los pastores; que tengamos como ellos gran rectitud de corazón; que vivamos en la inocencia y alejados enteramente de todo pecado, no sólo mortal, sino también venial deliberado. Por lo regular las personas a quienes Dios llama a la vida interior, suelen llevar una vida común y ordinaria, obscura y retirada; suelen ser personas ignoradas o despreciadas del mundo, que viven alejadas de él y abominan de sus pompas y vanidades.

Además, los pastores vigilaban sobre sus rebaños, aun durante la noche; lo cual indica que la vigilancia y la atención sobre sí mismo, el temor de Dios, la huída de las ocasiones, la delicadeza de conciencia, nos preparan a la vocación del cielo. Ellos prestaron atento oído a las palabras de los ángeles, les dieron entero crédito, a pesar de ser tan extraño y contrario a los juicios humanos lo que les anunciaban, y abandonándolo todo, al punto partieron a la cueva para ver y adorar al recién nacido infante. Del propio modo, el alma debe escuchar atentamente lo que Dios le habla al corazón, creer en su palabra, con fe sumisa y ciega, y abandonarlo todo para seguir pronta y fielmente la inspiración de la gracia.

Pero adviértase que no sólo fueron llamados al pesebre los humildes y pobres pastores, sino también los Reyes Magos, en quienes están representados los sabios, los grandes y poderosos de la tierra, que, a pesar de su grandeza y sabiduría, son humildes de corazón, desprendidos de todo lo terreno y están prontos a sacrificarlo todo para responder al divino llamamiento: que son grandes o sabios, pero sin altanería ni presunción, dóciles en seguir la luz divina, ante la cual hacen enmudecer todos los humanos razonamientos. Tales fueron un San Luis, un San Agustin, un Tomás de Aquino, una Isabel de Hungría y cien y cien otros santos y sabios de uno y otro sexo, tan distinguidos por el brillo de su nacimiento y elevada alcurnia, como por la elevación de su genio y eminente sabiduría.

El carácter de Herodes, ambicioso y cruel, y el de los fariseos y doctores de la ley, envidiosos y soberbios, nos revela cuáles son aquellos a quienes Jesús rechaza de su compañía; porque

de su parte no sólo no son dóciles a la gracia, sino que, pagados de sí mismos, desprecian las inspiraciones que Dios les envía para conocer y practicar la vida interior. Por esto nos avisa el espiritu Santo, en el libro de los Proverbios, que Dios resiste y rechaza de su presencia a los soberbios, y da su gracia a los humildes [1].

XLIII

Sobre Jesucristo

Yo soy el camino,
la verdad y la vida.
(Jn. 14, 6)

Estas palabras de Jesucristo contienen en resumen los motivos de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestro amor. La vida del alma, la verdadera vida, la vida eterna es el único fin del hombre, y a él debe dirigir los deseos más íntimos de su corazón. Y Jesucristo por otra parte nos declara terminantemente que sólo en Él está la vida y que no llegaremos a ser plena, soberana y eternamente dichosos sino mediante su posesión. Jesucristo, pues, debe ser el objeto único, soberano e invariable de nuestro amor.

Ahora bien, el medio único para conseguir esa vida es conocer y abrazar la verdad, apartándose no sólo con la inteligencia, sino tambien con el corazón, de todo lo que sea falso y engañoso. Pero Jesucristo nos dice que El es la verdad, la verdad infalible, la verdad por esencia, y por lo mismo todo cuanto existe fuera de El, o nos aparte de El, no es mas que falsedad y mentira. Debemos, pues, aplicarnos a conocerle bien y emplear en esto todas las fuerzas de nuestra inteligencia y toda la rectitud de nuestro corazón; debemos regular nuestros juicios segun los suyos, y nuestras afecciones segun las suyas, bien persuadidos de que nada hay estimable ni amable sino lo que El ama y aprecia. Mas ¿que camino deberemos seguir para llegar a

----

1 Prov. III, 34.- Jacob. Iv, 6 - I Petr. V, 5.

poseer esta verdad? El que nos traza Jesucristo cuando nos asegura que El es el camino, el único camino que puede conducirnos a la verdad y a la vida. Para instruirnos y guiarnos acerca de esto El Verbo se hizo hombre, nos dio con su persona un modelo sensible y proporcionado a nuestra flaqueza, añadiendo a sus ejemplos las enseñanzas contenidas en los preceptos y en los consejos evangélicos.

Veamos, pues, qué es lo que Jesucristo nos ha enseñado a fin de que nos apliquemos con tesón a practicarlo. Toda su doctrina se reduce al amor de Dios y del prójimo. En el amor de Dios está contenido el amor legítimo que debemos tenernos tambien nosotros mismos; de manera que cuanto más amemos a Dios, tanto más nos amaremos a nosotros mismos; porque amar a Dios no es otra cosa que amar nuestro verdadero bien, nuestro soberano y único bien. El verdadero amor de Dios excluye, pues, esencialmente todo afecto a las criaturas por sí mismas y consideradas como bien nuestro. Excluye, por consiguiente, también al amor propio; es decir, que ninguna criatura debe amarse a sí misma por sí misma, ni referir a sí el amor que profesa a Dios; porque esto sería trastornar el orden que prescribe amemos a Dios por si mismo y a nosotros en Dios y por Dios. Todo nuestro amor se lo debemos consagrar a Dios y a sólo Dios. El debe ser el término de todas nuestras afecciones sin excepcion alguna. ¡Cuanto desprendimiento, cuanta abnegación, cuanto desinterés supone semejante amor, si se practica en toda su pureza! Toda clase de amor propio, cualquiera que sea su objeto, viene a ser una especie de latrocinio hecho a Dios; todo interés propio toda intención torcida en nuestras acciones, todo deseo desordenado de nuestra propia excelencia, mancha la pureza del amor que debemos a Dios. De aquí se sigue, que cuanto el alma esté más perfectamente muerta a si misma, cuanto mejor se aborrezca a sí propia, tanto se hallará más dispuesta para amar a Dios. Así, pues, las cruces, las adversidades, las humillaciones de toda especie y todo lo que nos despoje de nosotros mismos, son como los peldaños para subir al amor de Dios. Esta sola verdad bien comprendida, arroja torrentes de luz sobre toda la doctrina de Jesucristo; ella nos hace ver palpablemente que todo el ejercicio del amor

divino consiste en sacrificios, y que tanto con más verdad nos amaremos, cuanto mejor renunciemos a nosotros mismos.

El aborrecimiento propio, que tanto nos recomienda Jesucristo, encierra el verdadero amor; y al revés, el amor desordenado de nosotros mismos, tan altamente reprobado por Jesucristo no es otra cosa que verdadero odio. Aborrecer su alma, en el sentido del Evangelio, equivale a salvarla; amar su alma es sinónimo de perderla. *El que ama desordenadamente su alma, la perderá: mas el que aborrece y mortilfica su alma en este mundo, la conserva para la vida eterna* [1].

En cuanto al amor del prójimo, Jesucristo nos manda que consideremos a todos los hombres como a hermanos nuestros, por los títulos de la creación y de la redención; nos enseña que todo el género humano no compone sino una sola familia, cuyo padre es Dios, cuyo único Salvador y Redentor es su Unigénito Hijo, y cuya herencia es el cielo: el cual todos llegarían a poseer eternamente, si todos correspondieran a la gracia. Así, pues, debemos amar al prójimo, porque Dios le ama, porque Jesucristo le ama, y no debemos poner otros limites a este amor que los que le ha señalado Jesucristo; esto es, hemos de estar dispuestos a soportar sus miserias y flaquezas, a perdonarle si nos ofendiere, a hacerle todo el bien que dependa de nosotros, hasta dar, si fuera preciso, nuestra vida por su salvacion. Asi es como Jesucristo quiere que nos amemos a ejemplo suyo.

Lo que Jesucristo nos enseñó quiso Él mismo practicarlo primero en toda su perfección; El se nos propuso como modelo e hizo incomparablemente más de lo que exige de nosotros.

Si nos recomienda el desprendimiento de los bienes de la tierra, El nació, vivió y murió en la más extremada pobreza. Jamás poseyó cosa alguna, ni tierra, ni casa, ni dinero: y vio, antes de morir, como se repartían entre sí sus vestiduras los mismos verdugos que le habían despojado de ellas y le habían crucificado. Jesús nos recomienda también la renuncia de los placeres de la tierra, pero, desde el pesebre hasta la cruz, su vida entera no fué sino un tejido de sufrimientos; sin que tuviera un sólo instante de reposo sobre la tierra.

----

1 Jn. 12, 25.

Jesucristo nos recomienda la huida de los honores mundanos y vanos, mas antes El se abrazó con todo género de humillaciones. Nació en un establo; trabajó en el taller de un artesano; vivió de limosna durante su predicación; fué calumniado, ultrajado, perseguido, traicionado, renegado y condenado al más infame suplicio como blasfemo. La envidia, la malignidad, el desprecio el ridículo y la rabia, se concitaron contra El en el mas alto grado; jamás criminal alguno, ningún público malhechor fue jamás tratado de una manera tan cruel e indigna como El.

He aquí lo que fue Jesucristo mientras vivió sobre la tierra. Y nótese además que entre todas las circunstancias y acontecimientos que rodearon su vida, pasión y muerte, no hubo una siquiera que El mismo no la hubiera elegido y ordenado con su admirable Providencia. El dió la traza de todo, El lo arregló y dispuso todo, y su elección y disposición no pudo ser sino infinitamente sabia, con toda la sabiduría de un Dios. Y toda ella se encaminaba principalmente a reparar la gloria de Dios: de donde se sigue que la pobreza, los padecimientos y las humillaciones, son los medios más adecuados para procurar la divina gloria. También tenía por fin aquella elección salvar al género humano, y por lo tanto, al querernos salvar Jesucristo por aquel medio, nos ha mostrado lo que nosotros debemos hacer para salvarnos. Nuestras cruces, unidas a las cruces del Salvador, son, por lo tanto, el medio más excelente, el medio necesario y único de salvación. En fin, aquella elección fué para Jesucristo fuente de felicidad y de gloria. Y por modo parecido lo será también para todos los escogidos sin excepcion. Cuanto más pobres de corazón hayan sido en la tierra, tanto más ricos serán en el cielo; cuanto más hayan sufrido, serán allí más consolados; cuanto hayan sido más humillados, serán allí mejor glorificados: en suma, cuanto mejor se hayan despojado de sí mismos acá en la tierra, mayor participación tendrán en la gloria de Dios allá en el cielo.

Creer todo esto, practicarlo y perseverar fielmente hasta la muerte, es, segun la expresión de San Pablo, revestirse de Jesucristo; es seguirle como camino, amarle como verdad, y poseerle, aun aca abajo, como vida.

Y nótese que este camino es único; que esta verdad es única; y que esta vida es única. El que no entra por este camino, se aparta de la verdad y jamás vivira la verdadera vida. El camino opuesto es el de la mentira, que lleva a la muerte eterna. No hay medio, es preciso resolverse a tomar uno u otro camino. ¡Dichosos los que sigan las huellas de Jesucristo y anden siempre a la luz de sus enseñanzas y ejemplos! Llegarán infaliblemente al término féliz. El camino terminará, mas la verdad y la vida permaneceran eternamente.

XLIV

El interior de Jesucristo

Hábéis de tener en vuestros
corazones los mismos
sentimientos que tuvo
Jesucristo en el suyo.
(Fil. 2, 5.)

Por el interior de Jesucristo entendemos aquí las disposiciones íntimas de su alma, que fueron el principio y regla de toda su vida. El interior es lo que da valor a las acciones, lo que constituye la verdadera santidad y lo que marca la diferencia esencial que hay de unos a otros actos entre sí, conforme al grado de pureza y elevación de los motivos que los inspiran. Si Jesucristo en toda su conducta es el modelo de todos los cristianos, con mayor razón lo es en sus sentimientos interiores; la. más importante ocupación de nuestra vida deberia consistir, pues, en estudiarlos atentamente, procurando imitarlos en la medida de nuestras fuerzas. Veamos, pues, en primer lugar lo que la Sagrada Escritura nos enseña acerca de ellos, y después índicaremos algunos medios por los cuales podremos llegar a reproducirlos en nuestra conducta.

Podemos considerar los sentimientos interiores de Jesucristo, con relación a su Padre, con relación a sí mismo y con relación a los hombres.

1.° Con relación a su Padre, Jesús se consideró siempre a sí mismo como una víctima destinada a reparar la gloria de su Padre celestial y a satisfacer su justicia. En el mismo instante en que hizo su entrada en el mundo, dice San Pablo, se ofrecio en calidad de víctima que debía substituir a las de la antigua ley, las cuales no eran más que su sombra y figura: y perseveró en todos los instantes de su vida en esta oblación de sí mismo. La cruz fué la consumación de su sacrificio, mas su cuna fué el principio, y toda su vida la continuación del mismo. Así que la disposición de Jesucristo con respecto a su Padre fué una inmolación continuada. De aquí aquella sumisión perfecta a todas las disposiciones de su Padre. El nunca deseó nada, ni quiso nada por sí mismo y por propio impulso, aun cuando era incapaz de querer cosa que no fuera buena. *Mi comida, decia, es hacer la voluntad del que me ha enviado, y dar cumplimiento a su obra* [1]. Y así lo ejecutó sin interrupción, desde su nacimiento hasta su último suspiro, aun en las cosas más penosas y más amargas para la naturaleza; y siempre con tal alegría, con tal ardor, con tanta generosidad y exactitud, que no hay lengua humana capaz de explicarlo. De aquí aquella dependencia perfectísima a la gracia, en tanto grado que jamás el alma de Jesucristo puso en ejercicio su natural actividad que no fuera para secundar la acción de Dios, de tal forma que fue siempre en las manos de su Padre el instrumento más dócil y más obediente que jamás existió. De aquí aquel celo ardentísimo de la gloria de su Padre, que la devoraba, consumía y abrasaba. De aqui aquel amor inexplicable, aquella oración continuada, aquel arrobamiento de todas sus potencias en la divinidad, aquella sed ardentísimá de sufrimientos y aquellas ansias continuas de consumar su sacrificio. *Con un bautismo de sangre tengo que ser bautizado, y ¡cómo traigo en prensa el corazón mientras que no lo veo cumplido!* [2]

2.° Con relación a sí mismo. La humildad de Jesucristo, su abnegación, el odio de sí mismo llegaron a un exceso prodigioso. El mismo anonadamiento, de que nos habla San Pablo,

----

1 Jn. 4, 34.

2 Lc. 12,50.

no expresa todavía con bastante exactitud el estado de su alma. Jesús se consideraba como cargado con todos los pecados del universo, y en tal concepto, acreedor a todos los castigos, y a que la divina justicia descargara sobre su cabeza todos los rayos de su venganza. Pero su humanidad era santa con la misma santidad del Verbo, al cual estaba unida hipostaticamente. ¿Quién podrá concebir ese consorcio admirabilísimo de una santidad tan perfecta con sentimientos tan humildes?

Júzguese, en vista de esto, si desearía Jesús, durante su vida mortal, que su Padre le glorificase, si buscaría los favores celestiales, si se propondría en sus obras captarse la estimación de los hombres, si se atribuiría a sí gloria alguna de sus virtudes y milagros. Jesucristo nunca quiso para sí otra cosa que los desprecios, las humillaciones y los sufrimientos: Yo no busco mi gloria, dice El terminantemente [1]. Y antes había dicho por boca de su Profeta [2]: Yo soy un gusano y no un hombre; el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe. Lo que quería Jesús, ante todo y sobre todo, lo que anhelaba con todas las ansias de su corazón, era reparar las ofensas inferidas por el pecado a su Eterno Padre, satisfacer por ellas con todo rigor de justicia, tomando sobre sí todos los castigos que ellas merecían.

3.° Con relación a los hombres, el espiritu de Jesucristo fue espíritu de caridad y mansedumbre, espíritu de paz y unión, espíritu de sufrimiento y condescendencia, de tierna compasion con los pecadores, aun con aquellos mismos que le calumniaban, que le ultrajaban y pedían a voz .en grito su muerte afrentosísima. En todos los instantes de su vida puede decirse que estuvo, con el deseo, derramando su sangre por la salvación de los hombres, y por cada uno de ellos en particular; de forma que cada uno de nosotros puede repetir aquellas dulcísimas palabras del Apostol San Pablo[3]: Me amó Jesús y se entregó a sí mismo a la muerte por mi. El sufrió, satisfizo y murió por cada hombre en particular. La mejor prueba de caridad, dijo El, es dar la vida por sus amigos[4]. Pero Jesús hizo más, inmensa-

----

1 Jn. 8, 50.
2 Ps..21,, 7.
3 Gal. 2, 20.
4 Jn. 15, 13

mente más, puesto que dió su vida por sus más encarnizados enemigos. Y no contento con dar su vida, dió por ellos también su alma Consintió, dice San Pablo, en hacerse por nosotros objeto de maldición [1], y aunque jamás conoció el pecado, por amor nuestro quiso ser tratado como si hubiera sido el pecado mismo, con el fin de que nosotros viniésemos a ser en El justos, con la justicia de Dios [2]. Tal fue la extensión de la caridad de Jesucristo para con nosotros. Morir a manos de sus encarnizados enemigos, sufriendo un suplicio cruel e ignominioso, le pareció todavía poco; y por esto quiso sufrir en su alma otro suplicio más espantoso, experimentando en ella el abandono de Dios; todo el peso de la cólera y de la maldición divina. Sólo la persona de un Hombre Dios podía ser capaz de semejante sacrificio.

El interior de Jesucristo se reduce, pues, a tres puntos que lo abarcan todo: espíritu de humildad, y espíritu de caridad; pero una inmolación, una humildad y una caridad elevadas a tan alto grado de perfección, que para realizarlo se requería un hombre alumbrado con todas las luces, animado de todos los sentimientos y sostenido con toda la fuerza de la divinidad. Por esto el sacrificio de Cristo eternamente arrebatará la admiración de los ángeles y de los santos.

Ahora bien, ¿de qué medios podremos valernos para copiar en nuestros corazones esas disposiciones excelentísimas que animaban al corazón de Jesús? No hay más que un sólo medio, a decir verdad, muy sencillo: consiste en la unión íntima y perfecta de nuestras almas con Dios Nuestro Señor. Esta unión fué hipostática en Jesucristo; en nosotros sólo puede ser moral, y por consiguiente de una eficacia incomparablemente inferior a aquélla: con todo, aunque sea solamente moral esa unión, producirá en nuestras almas frutos de la más eminente santidad.

Y ¿cómo alcanzaremos semejante unión íntima y perfecta? Queriéndolo muy de veras, puesto que de parte de Dios no se perderá. Es menester entregarnos a El con toda generosidad, seguir dócilmente las inspiraciones de su gracia; y que nuestro

----

1 Gal. 3, 13.

1 II Cor. 5, 21.

único deseo, la única aspiración de nuestra alma sea que se realice en nosotros sólo lo que es conforme al divino beneplácito. Claro está que esto equivale a renunciar enteramente a nuestro propio juicio y voluntad, poniendo todas nuestras cosas y a nosotros mismos en las manos de Dios.

Una véz realizada esta donación, entera y perfecta de nosotros mismos, no resta sino que dejemos obrar a Dios y correspondamos fielmente a sus inspiraciones. El infundirá gradualmente en nuestro entendimiento su luz, que nos presentará los objetos tales cuales son en su divina presencia y nos enseñará a juzgar de ellos como El mismo los juzga. Infundirá en nuestra voluntad su amor, su fortaleza y sus sentimientos. Dispondra conforme a su agrado los sucesos todos de nuestra vida y nos colocará en las circunstancias más propicias para el ejercicio de las virtudes que desea practiquemos, a fin de realizar en nuestras almas sus amorosos designios.

Mas para recibir en nosotros las ilustraciones de Dios, es evidente que necesitamos renunciar a las nuestras, en todo aquello que les son contrarias o puedan entorpecer su acción sobrenatural en nuestras almas. Para acrecentar su amor en nuestro corazón es evidente que se necesita combatir denodadamente nuestro amor propio, porque éste tiende siempre a concentrarnos sobre nosotros mismos, mientras el amor divino nos hace salir de nosotros para concentrarnos en Dios. El amor propio inficiona todas nuestras afecciones, todos nuestros deseos más íntimos; de aquí la necesidad de que el amor divino purifique todos estos deseos y afectos, a fin de que sólo busquemos en todo los intereses de Dios y encaminemos todas nuestras obras a procurar su mayor gloria.

Para recibir la fortaleza de Dios, es preciso que desconfiemos enteraménte de nuestras propias fuerzas, o mejor dicho, de las que creemos tener; porque en realidad no tenemos fuerza alguna para la práctica del bien sobrenatural. Así pues es preciso que convencidos de nuestra flaqueza e impotencia, demos lugar a la acción omnipotente de la gracia divina, sin ponerle obstácúlo alguno de nuestra parte, al menos deliberadamente.

La unión con Dios comprende todo lo que acabamos de decir, y abraza sin excepción alguna todos nuestros actos libres, tanto

interiores como exteriores. Viviendo así unidos con Dios iremos adquiriendo en nosotros los sentimientos de Jesucristo y Dios regulará todos los acontecimientos de nuestra vida como reguló los de Jesucristo. De este modo adquiriremos aquella semejanza con Jesucristo que Dios desea de cada uno de nosotros y llenaremos acá abajo toda la medida de la santidad a la cual Dios nos ha destinado.

XLV

Sobre los efectos de la comunión

El que come mi carne
y bebe mi sangre, en mí
mora y yo en él.
(Jn. 6, 57.)

El sentido de estas palabras de nuestro divino Redentor, es decir, esa morada recíproca de Jesús en nosotros en El por medio de la sagrada Comunión, es cosa tan excelsa, tan sobrenatural y divina que nos es imposible comprenderla perfectamente. Claro está que ese efecto maravilloso de la Eucaristía en nuestras almas, es proporcional a las disposiciones con que la recibimos, y como estas pueden cada día mejorar más y más, el efecto que de ellas se sigue, va siendo también más excetente en el mismo grado.

¿Quien sería capaz de explicar qué cosa sea esta mansión de Jesús en el alma? Esto sobrepuja a toda inteligencia creada. No nos empeñemos, pues, en quererla comprender, sino mas bien procuremos hacer todo lo que de nosotros dependa para merecerla.

Al recibir la sagrada Comunión, Jesús constituye en nosotros su morada; vive en nosotros y nosotros vivimos en El, de tal forma que no hay cosa alguna en la naturaleza que se le pueda comparar. Su cuerpo se une a nuestro cuerpo, su alma a nuestra alma, sus facultades y sus operaciones a las nue tras; pero de una manera sobrenatural y trascendente: de suerte que Jesucristo vive en nosotros y nosotros en El; nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestras acciones se vuelven en

cierta manera los pensamientos, los sentimientos y las acciones de Jesús.

Esta morada es además universal; de manera que comprende todo lo que puede haber de común entre Jesucristo y nosotros; es decir, lo abarca todo, excepto el pecado y la concupiscencia que es su fuente emponzoñada.

Por su naturaleza la mansión que establece Jesús en nosotros es permanente y eterna. Tal es el deseo y la intención de Jesucristo; sólo por culpa nuestra podrá suceder que después de una Comunión bien hecha se retire de nosotros y que aquella unión, tan estable por sí misma, llegue a romperse. No es por algunos momentos pasajeros de devoción sensible como debemos juzgar de esta morada de Jesucristo en nosotros, sino por la disposición habitual de nuestra alma.

Si la sagrada Comunión va despegando poco a poco nuestra alma de los bienes de la tierra; si nos los vuelve insípidos, enojosos e insoportables; si en todos los objetos y acontecimientos de la vida humana nos hace fijar principalmente en lo que constituye la materia de nuestros deberes y nos sirve para el ejercicio de las virtudes cristianas; si nos enseña a considerarnos como a peregrinos que vamos caminando hacia el cielo, que debe ser el término de la jornada, de donde se sigue que debemos usar de las cosas que nos salen al paso, tanto cuanto nos faciliten o estorben la pronta y segura llegada a la gloria: si la Comunión nos aficiona al recogimiento, a la oración, a la mortificaci6n de los sentidos y a la renuncia de nosotros mismos y de nuestro propio juicio; si va reformando paulatinamente nuestros pensamientos y afectos, conformándolos con los pensamientos y afectos de Jesucristo; de tal suerte, que su doctrina se nos vuelva familiar, y tan connatural a nuestro corazón, que nos aplicamos a practicarla habitualmente con suavidad y gusto; si a imitación de Jesucristo cobramos horror al mundo y a sus máximas; si despreciamos lo que el mundo estima y huimos de lo que él busca con afán; si por el contrario amamos, buscamos y abrazamos, a semejanza de Jesucristo, todo lo que el mundo rechaza y aborrece; no cabe duda que va siendo más íntima y perfecta nuestra unión con Jesús, el cual establece más y más perfectamente su morada en nosotros y nosotros en El.

En efecto, la Comunión es la que produce principalmente en nuestras almas esas santas disposiciones que acabamos de enumerar y, a su vez, esas mismas disposiciones hacen que sean de día en día más excelentes y abundantes los frutos que sacamos de la sagrada Comunión.

De esta manera nos vamos transformando poco a poco en Jesucristo y cada Comunión añade trazos más perfectos a esa transformación. Todo el secreto, pues, para sacar de la Comunión el provecho que Jesucristo se propone, está en aplicarnos, desde una Comunión a otra, a permanecer unidos con El de la manera más íntima que podamos; en dejarnos animar y conducir por su espíritu, en suplicarle no permita que pensemos, digamos o hagamos nada que El no pueda aceptar como suyo. Todo esto pide gran atención y contínua vigilancia de nuestra parte; pero adviértase que esta atención y vigilancia ha de estar exenta de inquietudes, zozobras y esfuerzos, los cuales sólo contribuirían a robarnos la paz del corazón Hemos de procurarla pues con sencillez y naturalidad.

Persuadámonos, de una vez para siempre, de que la actividad propia lo estorba todo, cuando se ante pone a la acción de Dios y se desvía de ella, en vez de seguirla. Ahora bien, siendo indudable que por medio de la sagrada Comunión Jesucristo mora en nosotros ¿qué cosa podremos hacer mejor que po nernos del todo en sus manos y rogarle imprima a nuestra alma su divino soplo, haciendo de nuestra parte, sencilla y pacíficamente, lo que El nos dicte al corazón? Mientras el alma, determinada a seguir en todo a Jesucristo, more en paz en su interior, puede estar bien segura de que Jesucristo la conduce y la dirige. La mejor manera de prepararse a la Comunión es rogar humildemente a Jesucristo que se digne prepararnos por sí mismo. El lo hará muchísimo mejor que nosotros, y como de nuestra parte nos habremos limitado a secundarle, atribuiremos a El solo todo el honor. De este modo no se nos ocurrirá siquiera que los.buenos sentimientos que en ella experimentamos sean efecto de nuestra industria, sino que reconoceremos humildemente que El los ha infundido en nuestras almas.

Lo mismo digamos de la acción de gracias, que no consiste en hacer grandes esfuerzos para manifestar a Jesús nuestra gratitud

por el incomparable beneficio que se ha dignado dispensarnos, sino más bien en recogernos cuanto podamos en su divina presencia y escuchar atentamente lo que él nos hable al corazón. Hay que evitar entonces toda agitación y desasosiego, hablar poco y presentarnos ante El con gran sencillez y crecido amor; manifestarle nuestra extrema miseria y flaqueza, y pedirle encarecidamente no permita le abandonemos jamás.

Esta sencilla manera de dar gracias después de la Comunión, rogándole a Jesucristo, a semejanza de los discípulos de Emaús, que se digne quedarse en nuestra compañía, para ser el primer móvil de todos nuestros pensamientos, afectos, palabras y obras, es sin disputa alguna el más excelente, el más conforme a los principios de la fe, el más glorioso para Jesucristo y el más eficaz para nuestro adelantamiento espiritual. De este modo nuestra vida se irá transformando en la vida de Jesucristo, puesto que este Señor será su principio, y no nos impulsará jamás sino a cosas que sean dignas de El y encaminadas a su divina gloria.

Y todavía no hemos declarado el efecto más admirable y portentoso que se sigue de esta morada inefable que establece Jesús en nuestras almas por medio de la sagrada Comunión. El mismo Jesucristo lo expresa con estas sencillas al par que sublimes palabras: *Así como el Padre, que me ha enviado, vive, y yo vivo por el Padre; así quien me come, también él vivirá por mi y de mi propia vida* [1]. Como si dijera: así como el Padre es el principio de la vida del Hijo, por modo parecido el Hijo es el principio de la vida del que come su cuerpo. El Hijo mora siempre en el Padre, porque recibe siempre la vida del mismo Padre. Este mora siempre en el Hijo, porque le comunica siempre su vida por una acción que no pasa jamás. De semejante manera el que come dignamente el cuerpo del Hijo de Dios, mora siempre en El, porque recibe siempre de El la vida sobrenatural, cuyo efecto es continuo y permanente por su naturaleza, puesto que sólo puede ser impedido o interrumpido por culpa de la criatura.

Pidamos pues a Jesucristo la gracia de poderle recibir todos

----

1 Jn. 6, 58.

los días, a fin de que podamos así participar mejor de su propia vida y transformarnos en El más perfectamente; comulgando de día en día con más excelentes disposiciones. De este modo cada comunión nos dispondrá mejor para la siguiente y nuestra alma irá adquiriendo incesantemente nuevos aumentos de gracia y de vida sobre natural.

XLVI

Relaciones que existen entre la sagrada Eucaristía y la Cruz

Jesucristo instituyó la sagrada Eucaristía inmediatamente antes de su pasión, como para darnos a entender el enlace misterioso que hay entre este sacramento y la cruz. Al instituirlo, transformó separadamente, y por dos acciones distintas, el pan en su cuerpo y el vino en su sangre, para manifestar la efusion de su preciosísima sangre que debía realizarse sobre la cruz, hasta la última gota. Al presentar a sus discípulos el pan les dijo: *Tomad y comed, ésto es mi cuerpo. Y tomando el caliz, dio gracias, lo bendijo y dióselo, diciendo: Bebed de él todos, porque ésta es mi sangre, la cual será derramada por vosotros, para la remisión de vuestros pecados* [1]. Quiso, pues, Jesucristo que su cuerpo en la Eucaristía conservase el caracter de víctima y su sangre el de un licor esparcido sobre el alma para la remisión de sus pecados. En fin, al comunicar a sus discípulos el poder de consagrar su cuerpo y su sangre, les recomendó que hicieran esto en memoria suya; esto es, les advirtió se acordaran de que este sacramento es el memorial de su pasión y muerte sangrienta.

Mas por otra parte dispuso tambien Jesucristo que este sacramento fuese el alimento indispensable y necesario de nuestras almas: de tal modo que éstas no pueden conservar, ni acrecentar en sí la vida de la gracia sino por este medio.

¿Que quiso significarnos con esto Jesucristo? En primer lugar

----

1 Mt. 26, 28.

cuan de veras desea El que el recuerdo de su cruz se mantenga profundamente grabado en el corazón de los fieles: en segundo lugar desea que estos renueven en sí aquel recuerdo cada vez que recibieren la santísima Eucaristía; en tercer lugar que al nutrirse con su carne, se alimenten también con su cruz, se incorporen, por decirlo así, a su cruz, y se enciendan más y más en su amor; por manera que el crecimiento de la vida espiritual en las almas, por la recepcion de la sagrada Eucaristia, debe manifestarse principalmente por un aumento de ardor santo que sientan hacia la cruz. Así lo entendieron los mártires de los primeros siglos, que se preparaban a los más espantosos suplicios, recibiendo la sagrada Eucaristía; y sustentados con este manjar divino, desafiaban valerosamente el furor y la rabia de los tiranos y verdugos. ¿Queremos, pues, nosotros que sean siempre provechosísimas nuestras comuniones, y corresponder en ellas perfectamente a las intenciones de Jesucristo? Comulguemos con la mira expresa de que su cuerpo adorable haga germinar en nuestras almas el amor a la cruz, esto es, a las humillaciones y sufrimientos; procurando constantemente morir a nosotros mismos a fin de ser inmolados como Jesucristo en aras del beneplácito de Dios. Esta si que és una regla muy segura para apreciar el fruto de nuestras comuniones. No debemos, en efecto, juzgar de su bondad y excelencia, por haber experimentado en ellas consolaciones y dulzuras sensibles, sino atendiendo más bien a si hemos salido de ellas con nuevos brios para cumplir exactamente nuestros deberes, por penosos y difíciles que sean; para vencernos a nosotros mismos, combatiendo sin tregua ni cuartel nuestro amor propio; para sufrir todas las penas que Dios nos envía y aun para desearlas mayores. Cuando nuestras comuniones produzcan semejantes efectos en nuestra alma, serán sin duda excelentes; puesto que responderán perfectamente a las intenciones de Jesucristo: entonces resultarán igualmente gloriosas para Dios y provechosas para nosotros.

Hay personas timoratas que se alarman y desconsuelan cuando ven que se acercan a recibir la sagrada Comunión sin gusto ni devoción sensible, pareciéndoles que Dios no se complace en semejantes comuniones. Deben estar persuadidas que si esto

acontece sin culpa ni descuido suyo voluntario, no tienen motivo alguno razonable para estar quejosas ni desconsoladas, porque esto prueba que la Eucaristía ya no es para ellas pan de débiles, sino que se ha convertido en manjar de almas fuertes y robustas. Mientras tengamos necesidad de que la Eucaristía vaya acompañada de gustos sensibles, es que todavía somos flacos; mas cuando comulgamos sin preocuparnos de los efectos sensibles, ni los deseamos con exceso, ni perdemos la paz interior cuando Dios nos priva de ellos; es señal de que nos tornamos fuertes; comenzamos a vivir la vida del espíritu; nuestro amor a Dios se va depurando y ya no anda tan mezclado con el amor propio. Procuremos penetrarnos bien de esta verdad y convirtámosla en regla práctica de nuestra conducta.

Siendo el cuerpo de Jesucristo un alimento destinado a acrecentar y robustecer nuestras fuerzas espirituales, conviene ahora averiguar en qué consisten estas fuerzas espirituales, para que podamos juzgar mejor del buen efecto de nuestras comuniones. Todas nuestras fuerzas espirituales deben evidentemente desplegarse contra nosotros mismos, contra nuestras inclinaciones, contra nuestras aversiones naturales, contra nuestras flojedades, nuestra inconstancia y nuestra fragilidad; contra el horror que todos tenemos a lo que nos contraría, a lo que nos molesta, a lo que nos mortifica y nos humilla; contra el propio espíritu y la propia voluntad; en una palabra, contra todo aquello que en nosotros resiste a Dios y a las operaciones de la gracia. Si, pues, estas fuerzas crecen en nosotros cada día por medio de la Comunión; si vamos adquiriendo mayor imperio sobre nosotros mismos; si nos volvemos menos quisquillosos y sensibles, más generosos en nuestras empresas, más pacientes en sufrir, más constantes en nuestras resoluciones, más indiferentes a la estima o al desprecio de los hombres, más dóciles a todos los movimientos de la gracia, más dispuestos a todos los sacrificios que esta nos exija; no cabe duda que será una prueba irrefragable de la bondad de nuestras comuniones. Mas acerca de todo esto no debemos juzgar por nosotros mismos, sino que hemos de atenernos al juicio de nuestro director, y hacer, confiando en su palabra, todas las comuniones que el nos prescriba, aunque nos parezca alguna vez que no sacamos ningun provecho de ellas.

El demonio que no ignora cuán necesaria y de cuanta eficacia sea la comunión frecuente, y aun diaria, a las almas interiores, pone en juego todos los ardides imaginables para impedirsela. En primer lugar les inspira una especie de terror vago de que sean sus comuniones sacrílegas; y digo vago terror porque no estriba en fundamento alguno sino que sólo es parte de la imaginación. La conciencia no las echa en cara nada de particular; no han faltado voluntariamente en nada, o a lo menos han sido faltas ligerísimas, y a pesar de todo, siéntese el alma turbada y agitada, como si fuese a comer su propia condenación. Hay que sobreponerse decididamente a este terror y acercarse a la santa mesa sin miedo alguno. La prueba de que esto no procede de Dios y que por lo mismo hay que despreciarlo, es que muchas veces, apenas se ha comulgado, renace la paz y desaparecen aquellos vanos temores.

La otra estratagema de que se vale el demonio consiste en sugerirles la idea de que no sacan provecho alguno de sus comuniones; en especial usa de este artificio cuando el alma, privada de las dulzuras espirituales, no experimenta consuelos sensibles al comulgar. El único medio de resistir a esta tentación es atenerse a la obediencia y tomar el partido de comulgar únicamente por Dios y no por sí mismo.

Otras veces las sugiere, en el momento de la comunión, pensamientos de impureza, de blasfemia, de impiedad; les inspira dudas sobre la real presencia, con el fin de turbarlas más y más y desconcertarlas, hasta tal punto, que no parecen las mismas y casi llegan a no saber lo que se hacen. Dios permite también alguna vez que el demonio suscite entonces feas impresiones en los sentidos, ora sea por sí mismo, ora por medio de la imaginación. Todos los maestros de la vida espiritual sin excepción, están concordes en que es preciso despreciar tales pensamientos e impresiones involuntarias, las cuales son más bien una razón de más para comulgar que para abstenerse de hacerlo; porque es evidente que el objeto de tales tentaciones no es otro que apartarnos de la santa mesa, y por lo mismo hay que resistirlas y vencerlas decididamente, acercándose a ella; porque, cediendo a sus malignas sugestiones, el demonio habría conseguido lo que pretendía.

Pero ¿y si comulgo mal? Respondo que no es a ti a quien toca juzgar acerca de esto: que no debes temer comulgar mal cuando lo haces por orden de un director que conoce todo lo que pasa en tu alma; a más de que si te retraes de la comunión todas las veces que el demonio te infunda el vano temor de que comulgas mal conseguirá al fin el impedirte comulgar, privándote así de los socorros espirituales de que tienes harta necesidad para sostenerte en la virtud. Asi que, absteniéndote de la comunión, lejos de adelantar en el camino de la perfección, retrocederías en él; y si dieras oidos al demonio en esto, poco a poco te iría persuadiendo a que dejaras la oración y demás ejercicios piadosos.

Y puesto que uno de los frutos más excelentes de la sagrada comunión, consiste en hacernos abrazar la cruz de Cristo y ayudarnos a morir en ella, síguese que nuestras disposiciones al comulgar y los efectos que la sagrada comunión producirá en nuestras almas, serán siempre proporcionados a los diversos estados de muerte espiritual en que se hallen; porque la comunión obra en nosotros según sean nuestras actuales disposiciones, y su efecto propio es hacernos adelantar y mejorar el estado presente en que nos hallamos. Y así sucede que unas veces va acompañada de suavidad, otras veces es fría e insensible, otras en fin, muerta y nula, por decirlo así, en cuanto a sus efectos aparentes, según sea el estado en que el alma se encuentre. Lo que importa, ante todo y sobre todo, es que nos acerquemos a comulgar con verdadero deseo de aprovecharnos de la sagrada comunión, de unirnos íntimamente con Jesús, de transformarnos en El y vivir enteramente crucificados con El, dejando en sus manos todo lo demás.

XLVII

El crucifijo

El Apóstol San Pablo se preciaba, y con sobrada razón, de no poseer otra ciencia que la de Cristo crucificado. *No me he preciado, dice, de saber otra cosa entre vosotros sino a*

Jesucristo, y éste crucificado.[1] *Libreme Dios*, añade en otra parte, *de gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo*[2].

El crucifijo es, sin duda alguna, un compendio admirable de todo lo que el cristiano debe creer y de lo que debe practicar. El crucifijo nos da a conocer la malicia inmensa del pecado, el exceso de nuestra miseria y el exceso todavía mayor de la misericordia divina. El crucifijo es la prueba más elocuente del amor de Dios a los hombres y el medio más poderoso que pudo escoger para ganar nuestro corazón. Todas las virtudes se hallan contenidas en el crucifijo y al propio tiempo se encierra en él lo más excelso y elevado de la vida interior. Digamos algo, aunque sea sucintamente acerca de cada uno de estos puntos. La gracia divina hablará interiormente con muchísima más elocuencia a las almas que están consagradas o que quieren consagrarse de veras al amor de Jesús.

En el crucifijo tenemos en primer lugar un resumen de todo lo que un cristiano debe creer. La persona del que sufre, el Hijo único de Dios concebido en el seno de María por operación del Divino Espíritu, nos recuerda los dos sublimes misterios de la Trinidad y de la Encarnación. El objeto de sus sufrimientos nos instruye en el misterio de la Redencion y del pecado original. El misterio de la predestinación, el de la gracia, y la voluntad que Dios tiene de salvar a todos los hombres, están igualmente contenidos en la cruz. Esta es la fuente de todos los sacramentos, como sería fácil demostrarlo considerando cada uno de ellos en particular; y todo el culto, por medio del cual la Iglesia honra a Dios, se relaciona íntimamente con el sacrificio de la Cruz.

El crucifijo es además el compendio de todo lo que un cristiano debe practicar. Toda la moral evangélica se reduce a llevar la cruz, a renunciarse uno a sí mismo a crucificar la carne y la concupiscencia, a inmolarse a la voluntad de Dios. Jesucristo no ha prescrito ley alguna, no ha dado consejo alguno, cuyo cumplimiento y perfecto modelo no se hallen en la cruz. Esta es la expresión más viva y más admirable de toda la doctrina evangélica.

----

1 I Cor. 2, 2.
2 Gal. 6, 14.

El crucifijo nos dá también a conocer la malicia del pecado. En efecto, ¿qué mal puede concebirse mayor que aquel que ha causado la muerte de un Dios-Hombre? Antes de Jesucristo podía formarse alguna idea de la ofensa de Dios; mas esa idea era necesariamente muy floja e imperfecta. Los mismos suplicios eternos del infierno, aunque sobrepujen a toda inteligencia creada, no nos dan a comprender, en toda su execrable realidad, la malicia infinita del pecado; porque en el infierno puede ser castigada la culpa mortal, pero no puede ser reparada. Era menester nada menos que una persona divina para reparar dignamente, por medio de sus padecimientos y humillaciones, la injuria hecha a Dios por el pecado. Al pie de la cruz es, por consiguiente, donde hay que aprender a juzgar de la malicia espantosa del pecado y concebir todo el horror que merece. El crucifijo nos manifiesta además el exceso de nuestra miseria, tan espantosa y profunda, que nos era imposible remediarla por nosotros mismos.Todo el género humano se hallaba irremisiblemente perdido por toda una eternidad; debía verse privado para siempre de la posesión del soberano Bien, si Jesucristo con su muerte afrentosísima no lo hubiera rescatado, reconciliando a Dios con el hombre y restableciendo a éste en la posesión de sus derechos. Sólo el pecado original bastaba para ello; mas, ¿qué diremos de tantos pecados actuales, incomparablemente más graves, que nosotros hemos cometido? ¡En qué abismo de miseria no nos veíamos voluntariamente sumidos! Pero el crucifijo no sólo nos pone ante los ojos el exceso de nuestra miseria, sino que también nos da a conocer el exceso todavía mayor de la misericordia divina. Un abismo llama a otro abismo; el abismo de nuestros males ha sido absorbido y como tragado por el abismo infinito de la misericordia. ¡Oh, con cuánta razón exclamó David: *Benigno es el Señor y misericordioso, sufrido y de muchísima clemencia: sus misericordias exceden a todas sus obras!* [1] Todo lo que hizo Dios en el orden de la Naturaleza es nada en comparación de lo que ha hecho en el orden de la gracia. La bondad del Todo poderoso se ha sobrepujado a sí misma, por decirlo así, al redi-

----

1 Ps. 144, 8-9

mirnos. Jamás, ni aún en el cielo, comprenderá nuestro entendimiento la magnitud incomprensible de este beneficio, que la fe pone a nuestra vista en la imagen de Cristo crucificado. Dios con ser quien es, no podía darnos una prueba más estupenda de su amor. Cualquiera que hubiera sido esa prueba, era necesario que se herma nara con los derechos de la justicia divina, a los cuales no podía Dios renunciar. Era preciso, pues, que la justicia divina fuese satisfecha; mas ¿dóndé hallar una persona capaz de hacerlo? ¿Quién podía dar entera satisfacción a la justicia de Dios, vengarla y al mismo tiempo alcanzar entero perdón para los culpables? ¡Oh invención admirable del amor divino! Dios transfiere a su propio Hijo todas nuestras iniquidades, para poderlas imponer el castigo que ellas merecen; y este Hijo adorable, consiente de todo corazón en constituirse por nosotros víctima de la cólera celeste. ¡Qué amor tan incomprensible en el Padre! ¡Qué caridad tan ardentísima en el Hijo! ¿Quién podrá reflexionar sobre esto sin sentirse arrebatado de admiración y penetrado del más vivo reconocimiento? Si Dios hubiese dejado nuestra elección el proponerle algún remedio para nuestros males, ¿hubiéramos jamás imaginado este? Y aunque se nos hubiera ocurrido, ¿habríamos osado ni siquiera proponérselo? Semejante medio de salvación tan sólo pudo ser concebido en el corazón de un Dios, que nos ama infinitamente.
¡Ah! si nuestro corazón se mostrara insensible a tanto amor, ¡cuánta dureza manifestaría! ¡Cuánta malicia y qué ingratitud tan estupenda! Dios condena a su propio Hijo, para libertarnos del infierno y abrirnos el paraíso; descarga todo el peso de su cólera sobre el inocente, para perdonarnos a los criminales. No satisfecho aún con esto, nos adopta por hijos suyos en la persona de su Hijo y nos concede el derecho a su herencia, prodigándonos todos los auxilios sobrenaturales que se requieren para conseguirla. Y ¿qué nos pide en cambio? Que le amemos, que le sirvamos y que le obedezcamos. Y con todo, muchísimos cristianos, lejos de amarle y servirle, consideran este servicio como un yugo insoportable, quebrantan y pisotean sus mandamientos y pagan su tierno amor con la más negra ingratitud. Reinan por doquiera entre los cristianos los crimenes

y los escándalos, con tanta o mayor licencia que entre los paganos; la religión de Jesucristo, sus divinas enseñanzas y el misterio inenarrable de su cruz, son mirados como objetos de desprecio, de burla y de horror! ¿Quién podrá lamentar como se merece tal exceso de ingratitud e impiedad? ¿Quién será capaz de concebir la espantosa ofensa que se infiere al sacratísimo Corazón de Jesús, y cuán terribles suplicios tendrá que imponer a tantos y tantos cristianos, apóstatas declarados o encubiertos, que se pasan la vida despreciando, ultrajando e insultando su amor? ¡Ah! ¡Qué motivo tan poderoso para que las almas fervorosas amen a Dios con todo su corazón y le desagravien de tantos ultrajes por medio de la entera consagración de sí mismas!

Y ¿qué diremos de las sublimes virtudes, cuyo ejemplo nos recuerda constantemente el crucifijo? El amor de Dios, la confianza en su divina Majestad y el entero abandono a sus más rigurosos de signios, la paciencia inalterable en medio de los más atroces martirios, la caridad para con el prójimo, el perdón de las injurias, el amor de los enemigos, la humildad, pobreza y obediencia hasta la muerte ignominiosa de cruz. Todas estas virtudes nos pone ante los ojos el crucifijo, llevadas hasta el colmo de la perfección, ejercitadas en circunstancias las más difíciles, y practicadas con una fortaleza y generosidad, dignas de un Hombre-Dios?

Y nos quejamos a veces de que la virtud nos cuesta trabajo, regateamos a Dios el sacrificio de insignificantes bagatelas, y hasta tal vez le echamos en cara que nos exige demasiado. Una ojeada al crucifijo nos bastará pára avergonzarnos de nuestras quejas infundadas y de nuestra flojedad. ¿Qué hemos sufrido hasta el presente, qué llegaremos a sufrir jamás por nuestra propia salvación, que pueda compararse siquiera con los sufrimientos y humillaciones que Jesucristo sufrió a fin de alcanzárnosla? Pero El era Dios, dicen algunos, y yo no soy más que una débil criatura. ¡Él era Dios! Sí, es mucha verdad, y por esto padeció en su cuerpo y en su alma todos los tormentos de que era capaz la naturaleza humana unida a la divina. Mas si la unión hipostática cornunicaba a la santa humanidad una fortaleza incomprensible, también los sufrimientos fueron propor-

cionados a la misma, y la justicia de Dios descargó sobre ella todo el peso que podia sobrellevar. Es verdad de fe que Dios no permite jamás que seamos tentados más allá de lo que sufren nuestras fuerzas. Por débiles que seamos podemos siempre llevar las pruebas que el Señor nos envía, porque la medida del socorro que nos proporciona iguala siempre y aun sobrepuja la medida de nuestros males. No tenemos, pues, razón que alegar en favor de nuestra flaqueza, ni pretexto alguno con que poder cohonestar nuestra flojedad y desidia en seguir los ejemplos de Cristo crucificado.

En fin, el crucifijo es la consumación de las vías interiores. Él nos muestra a Jesucristo, sacerdote y víctima, inmolándose a sí mismo para procurar la gloria de su Padre, inmolándose voluntariamente y entregándose a todos los rigores de su justicia. Pocas son las almas a quienes ame Dios en tanto grado que las escoja para víctimas de su justicia, a que adquieran una semejanza perfecta con Jesucristo crucificado. Mas aquellas que tengan motivos fundados para creer que Dios las destina a este honor, deben mirar como patrimonio suyo los sufrimientos y las humillaciones del Salvador; deben plantar la cruz en medio de su corazón, o más bien, deben ponerse enteramente en las manos de Jesús para que la plante en él con sus divinas manos. Jesucristo nuestro Señor, sumiso y obediente hasta la muerte, debe ser su modelo, su aliento y su fortaleza. Si alguna vez les parecen excesivas sus penas, si se ven próximas a desfállecer o les asalta la idea de que Dios las trata con excesivo rigor, dirijan sus miradas al crucifijo. Jesucristo crucificado les servirá de lección elocuentísima; a su vista se sentirán reanimadas, fortalecidas y con bríos para desear sufrir más todavía por su amor.

Que el crucifijo sea, pues, de hoy más, nuestro gran libro; no sólo el libro divino abierto constantemente delante de nuestros ojos, sino también delante de nuestro corazón. Roguemos a Jesús que nos enseñe a leer en él y que sepamos descubrir todos lo sublimes secretos que encierra, no sólo para contemplarlos en el silencio de la oración, sino para practicarlos en el decurso de nuestra vida. Entremos de veras en las vías interiores del espíritu, por medio de una consagración absoluta y sin reserva a

la voluntad de Dios: entreguémonos interiormente a su espíritu y a su gracia. Aceptemos con toda generosidad, siempre que se nos presente ocasión, los sacrificios que Él nos pida; roguémosle tome por sí mismo, y aun nos arranque a la fuerza, lo que no tendríamos ánimo para darle. En una palabra, sigamos a Jesús hasta el Calvario, y una vez allí, no ofrezcamos resistencia alguna para ser crucificados juntamente con Él, a fin de reparar en la medida de nuestras fuerzas los pecados del mundo y suplir en nuestros cuerpos lo que falta a la Pasión de Cristo [1].

----

1 Colos. I, 24.

ÍNDICE

Breve noticia de la vida del P. J. Nicolás Grou S.L............ 3

I. De la verdadera y sólida devoción 11
II. Idea de la verdadera virtud 15
III. Medios para llegar a la verdadera y sólida devoción 20
IV. Cómo hemos de procurar vivir la vida nueva de Jesucristo 24
V. De la violencia que es preciso haberse a sí mismo 29
VI. Necesidad que tenemos de llevar la cruz 32
VII. De la libertad de los hijos de Dios 37
VIII. Lo que puede el hombre por sí sólo y de lo que es cápaz con el auxilio de Dios 43
IX. Conducta de Dios con el hombre 47
X. Del temor de Dios 51
XI. Motivos que deben impulsarnos a procurar la santidad 57
XII. La vida espíritual es una especie de negociación entre Dios y el alma 62
XIII. Cuánto tenemos de Dios y nada somos de nosotros mismos... 67
XIV. Lo que Dios nos pide y lo que nosotros debemos pedirle a él.................................... 72
XV. Empleo del tiempo 77
XVI. Ceguera espiritual del hombre 82
XVII. Flaqueza de corrupción del corazón humano.. 87
XVIII. Sobre aquellas tres palabras que dirigió un ángel a San Arsenio: Huye, calla, reposa........ 92
XIX. De la fidelidad de las cosas pequeñas 97

XX.	Del provecho que debemos sacar de las propias faltas	102
XXI.	Dirección espiritual	106
XXII.	Del amor al prójimo	111
XXIII.	Dignidad del hombre	114
XXIV.	De las tentaciones	120
XXV.	Cómo debemos portarnos en las tentaciones	125
XXVI.	De la generosidad en el servicio de Dios	130
XXVII.	De la obediencia	135
XXVIII.	De la humanidad	141
XXIV.	Providencia de Dios sobre sus hijos	148
XXX.	Preciosidad del alma	152
XXXI.	De la pureza de intención	156
XXXII.	Sobre el pensamiento de la muerte	161
XXXIII.	Sobre el pensamiento de la eternidad	168
XXXIV.	De la confianza en Dios	173
XXXV.	Del amor de Dios	179
XXXVI.	Del reposo en Dios	185
XXXVII.	De la vida del alma	190
XXXVIII.	De la paz del alma	195
XXXIX.	Verdades fundamentales referentes a la vida interior	199
	Primera verdad	199
	Segunda verdad	200
	Tercera y Cuarta verdad	201
	Quinta y Sexta verdad	204
XL.	De la infancia espiritual	205
XLI.	El interior de María	211
XLII.	El pesebre	216
XLIII.	Sobre Jesucristo	222
XLIV.	El interior de Jesucristo	226
XLV.	Sobre los efectos de la comunión	231
XLVI.	Relaciónes que existen entre la Sagrada Eucaristía y la Cruz	235
XLVII.	El Crucifijo	239